les Lombardini y Guzmán; de la caballería solamente operaron los húsares y coraceros.

Más dolorosa que la de Palo Alto y la Resaca, fué esta retirada de la Angostura, pues aunque Taylor ofreció provisiones las rehusó el general Santa-Anna, así como las proposiciones para entrar en arreglos. En Matehuala supieron que la capital se había pronunciado contra el gobierno de Farías y que Veracruz estaba en peligro. Al entrar de nuevo á San Luis el 9 de Marzo, contaba el ejército una baja de catorce mil quinientos hombres, sobre el número que tenía en Enero. Una parte del ejército siguió su marcha para México. También en Chihuahua habían sido derrotadas nuestras tropas en la batalla de Sacramento; las mandaba el general Heredia y habían sido reunidas por esfuerzos del general Trías.

Designadas algunas tropas de la capital para ir al Estado de Veracruz, se resistieron y el batallón "Independencia" se sublevó, desconociendo al vice-presidente y al congreso; pedían la paz con los Estados-Unidos y la Constitución de 1824. La mayor parte de los batallones de guardia nacional quedaron fieles al gobierno y los batallones permanentes, excepto el sexto de infantería que se declaró neutral. Los sublevados veían en la amnistía que se les ofreció, un acto de debilidad, y llamando al congreso reunión de criminales, pretendían retrotraer las cosas al estado que guardaban cuando Paredes subió al poder; el grito de "mueran los puros" fué el de guerra entre los defensores de los privilegios y bienes del clero.

El partido santanista se unió en su mayor parte á Gómez Farías, y era sensible observar que tan favorables para los norte-americanos marcharan los sucesos, que parecían arreglados para dar el triunfo á nuestros enemigos. Los revolucionarios modificaron su primer plan, omitiendo lo relativo al congreso y reconociendo como presidente al general Santa-Anna. El vice-presidente Farías mandó extraer de la Catedral la plata labrada; pero nada obtuvo aunque los artesanos descerrajaron varias cajas.

Mientras que en la capital se tiraban desde las alturas, los norte-americanos desembarcaban por la playa de Veracruz y bombardeaban este puerto, y aunque al saberlo propuso Farías un avenimiento, continuaron las recriminaciones contra los puros, á los que llamaban gente la más soez y perdida de la sociedad, que gravaba al pueblo con excesivas contribuciones y había envuelto á la Nación en una guerra religiosa. Las hostilidades se suspendieron hasta que llegó Santa-Anna el 21 de Marzo, en que terminó el escándalo que había durado veintitrés días. Ni un viva, ni un recuerdo hubo para los valientes y sufridos veteranos, que de las estepas solitarias del Norte venían cubiertos aún con el polvo que hicieron morder á muchos norte-americanos, en tanto que á los polkos les arrojaron las manos delicadas de las bellas mexicanas coronas de laurel y rosas!

Santa-Anna pronunció en aquellos solemnes instantes palabras de benevolencia y de fraternidad, cuando para Veracruz llegaba la hora cruenta del sacrificio, la realidad funesta que sigue siempre á los actos que no tienen por base la previsión. Sin recursos pecuniarios, sin municiones, con pasajeras fortificaciones, resolvió el entusiasmo patriótico de aquel pueblo y corta guarnición, sucumbir con gloria, ya que parecía un decreto providencial caer al empuje de una nación tan poderosa. El desorden de la capital y la anarquía que la destrozaba, impedían al gobierno fijar su atención en nuestro primer puerto y en el abnegado sentimiento de sus habitantes y los del Estado que no en vano alcanzó el título de heroico.

Los buques norte-americanos se habían aumentado hasta setenta, inclusos los trasportes, del 4 al 8 de Marzo, conduciendo diez mil hombres de todas armas que desembarcaron á las órdenes del general Scott, provistos de gruesa artillería y de todo el material necesario. Los defensores no se intimidaron frente á tanto aparato, su corazón y su conciencia no midieron las consecuencias de la resolución de defenderse, que pudo calificarse de temeridad. Cuando desembarcaban los invasores recibía el jefe de la plaza, general Morales, un oficio del ministro de la guerra en que asentaba estos desconsoladores conceptos: "el gobierno no puede auxiliar á esa plaza ni con un hombre, ni con un peso." Por casualidad la barca francesa Anax que conducía pólvora, logró forzar el bloqueo y quedaron provistas de este artículo las tropas mexicanas y Veracruz pudo hostilizar por varios días á las tropas sitiadoras.

Tan grande era la pobreza en el puerto, que para componer en Ulúa las cureñas, fué indispensable que algunos individuos hicieran donativos; los jefes y oficiales recibían ración y á pesar de la miseria no se pensaba en el puerto más que en resistir á los invasores. No fué posible evitar el desembarco de estos, que poco á poco circunvalaron la ciudad y colocaron sus baterías, sin que en el exterior hubiera fuerza alguna que apoyara á los sitiados, entre los que desplegaba grande actividad el general D. Manuel Robles Pezuela, auxiliado por sus subalternos que trabajaban sin descanso en las fortificaciones. El bloqueo, el estrecho sitio y el estrago de las balas, hicieron que la plaza sucumbiera, después de haberse derramado mucha sangre. El día 22 llevó un parlamentario un oficio del general Winfield Scott intimando la rendición y ante la respuesta negativa lanzaron cañones y morteros sus proyectiles destructores; la plaza contestó; pero las balas rasas y las bombas que caían, sembraban la muerte por todas partes, los techos se desplomaban y no había lugar seguro contra el pesado choque de los proyectiles. Los artilleros eran insuficientes, la dotación de cañones para cada baluarte era incompleta y estaban mezcladas piezas de diferentes calibres, las aspilleras de las murallas no estaban cubiertas todas por la infantería y para cada cañón se contaban solamente treinta cartuchos ó poco más, no había lo necesario para construirlos aunque procuró corregir esta falta el patriotismo de algunos individuos.

Varias bombas incendiaron casas particulares; las que cayeron en el hospital militar situado en Santo Domingo, hirieron á más de cien enfermos y hubo que trasladar á los demás á San Francisco; diez y nueve personas perecieron en el hospicio y siete en el hospital de mujeres por las bombas que por toda la ciudad llevaban la muerte, lanzadas principalmente por la batería del rumbo de los Hornos; aun el día 24 rompía el fuego otra batería situada á seiscientos metros al Sur

del baluarte de Santa Bárbara. Faltas las tropas de pan y carne, esperaban con resignación heroica el momento del asalto. Dos días después nadie encontraba un lugar seguro y se dió el caso de arrastrarse los heridos por las calles, porque el hospital era el blanco de los tiros del invasor; el parque escaseaba, multitud de cañones estaban desmontados y la desmoralización comenzaba á remplazar al entusiasmo. Los cónsules extranjeros solicitaron permiso para salir á pedir garantías para sus compatriotas y pasó una comisión de extranjeros, bajo la bandera francesa, á pedir protección á los buques de guerra de sus naciones.

En el momento en que cesó el fuego, sucedió al peligro la reflexión y siendo las circunstancias más críticas á cada instante, el jefe de la plaza pensó en una salida y en abandonar la plaza, abriéndose paso por entre la fuerza enemiga; consultó para esto el parecer de los demás jefes y aun de los soldados; hubo pareceres diversos, pues la tropa permanente estaba desmoralizada por la falta de alimentos, y entre los que admitían el pensamiento se proponían ciertas modificaciones. El jefe de la plaza tuvo que dimitir el mando ante una junta de guerra, y lo reemplazó el general Landero, cuando ya era muy difícil continuar la defensa, y todos esperaban una muerte segura bajo la lluvia de fuego y á la horrible luz del incendio. Las calles estaban cubiertas de escombros y los habitantes que habían huido al lado de la Caleta, por haber acontecido allí menos desgracias, se refugiaron en zaguanes y almacenes.

Mas el enemigo, que parecía tener inteligencia con alguien dentro de la plaza, repartió sus fuegos y ya no hubo lugar que pudiera ser menos peligroso, viniendo el terror á aumentar las angustias de las familias, á las que los escombros arrebataban lo que el incendio había dejado; los hospitales llenos de heridos, no podían ser debidamente atendidos; en muchas casas había cadáveres insepultos; nadie comía más que arroz y frijol, la brecha estaba abierta en la muralla y destruidos los baluartes mejor defendidos y más fortificados. Ante este cuadro, la junta que llamó el general Morales, se había opuesto á la opinión de éste que insistía en la defensa.

Los cónsules de España, Francia, Inglaterra, Prusia y ciudades Anseáticas unidos á un alcalde, fueron antes del amanecer del día 27, á pedir al general Scott la salida de los neutrales, los ancianos, los niños y las mujeres; pero sin recibir á los comisionados les hizo saber que á nadie escucharía, mientras no se rindiera la plaza, pues había advertido á los neutrales la suerte que correrían y que haría fuego sobre cualquiera que quisiera salir. Añadió, que si á las seis de la misma mañana no se rendía la plaza, continuaría el bombardeo y el fuego, no sólo de las baterías existentes sino también de otras nuevas; esta declaración introdujo un terror pánico, el peligro apareció con todos sus horrores y la muerte parecía el único porvenir de aquella población; considerable cantidad de señoras y neutrales suplicaban al jefe de la plaza pusiera término á la calamidad general, diciéndole que los norte-americanos no necesitaban perder ni un hombre, para hacer rendir una ciudad que tan fácilmente destruían sus proyectiles. El comandante de ingenieros Sr. Manuel Robles Pezuela, quería que para sostener el entusiasmo nacional, la defensa de Veracruz fuera más allá de lo que previenen las leyes ordinarias de la guerra.

El mismo día 27 se hizo la capitulación, aceptando las condiciones que los norte-americanos ofrecían; quedaron exceptuados de capitular cuarenta y ocho jefes y oficiales, electos por la guarnición, muchos de los cuales prestaron después excelentes servicios. El jefe de la plaza aseguró que no había parque más que para tres horas, ni otros víveres que los acopiados por el Ayuntamiento; hubo síntomas de rebelión en las tropas que no querían capitular; pero al fin entregaron las armas en la llanura de los Cocos, formando el cuadro ocho mil norte-americanos apoyados en cuatro piezas de artillería. El día 29 de Marzo entraron los invasores á la plaza al mando del general Worth, y quedó en su poder todo el material de guerra; el armamento podía ser devuelto por un definitivo tratado de paz, y se garantizaban las propiedades, la libertad de cultos y ceremonias religiosas. Los invasores habían arrojado sobre Veracruz seis mil setecientos proyectiles, con el peso de cerca de medio millón de libras.

Veracruz conquistó una página gloriosa; pero el resultado manifestó una vez más, la exactitud del parecer acerca de que esa ciudad no podría defenderse en el caso de una invasión, y que los militares que allí se encerraran cometerían un grave error, pues al fin tendrían que capitular después de haber hecho sufrir á la población inerme, todas las calamidades de un bombardeo sin defensa alguna; esa experiencia dolorosa sirvió para que, cuando al finalizar el año de 1861 vinieron las tres potencias intervencionistas, fuera abandonado el puerto, obedeciendo á la opinión pública, á sentimientos humanitarios y á los preceptos militares.

El comandante militar Worth, nombró administrador de la Aduana á Mr. Dimond, quien hacía tiempo desempeñaba allí el vice-consulado de los Estados-Unidos; alcalde al teniente coronel D. Juan Holzinger; inspector de rentas á Mr. Peters; capitán del puerto á Mr. Jonas P. Levy; organizó el consejo municipal con siete individuos de diversas nacionalidades, algunos de ellos antiguos vecinos de la ciudad, un tribunal especial de comercio y otro para los negocios del fuero común; algunas otras disposiciones fueron dictadas, estableciendo los aranceles de los Estados-Unidos, señalando precios para los artículos de primera necesidad, y para recoger las armas que existían en poder de los particulares. Mandó el jefe repartir doce mil raciones entre los vecinos del puerto, y algunos recursos pecuniarios con el producto de la contribución de cinco al millar sobre los valores de las casas.

En aquellos momentos el congreso autorizó á Santa-Anna para que se proporcionara hasta veinte millones de pesos, y también para que derogase las disposiciones sobre bienes del clero si lo creía conveniente. Cuando ya ondeaba en Veracruz el pabellón norte-americano, marchaban de México tropas con dirección al puerto; pero se detuvieron en Cerro-Gordo, pues otra posición militar, el Puente Nacional, quedó con las fortificaciones á medio concluir y sin guarnición. Sobre estos puntos avanzaron las fuerzas salidas del campamento del general Scott, situado en Manga de Clavo.

Al saber esto partió precipitadamente el general Santa-Anna, el 3 de Abril, dejando en la presidencia al general D. Pedro M. Anaya; afanábase en cumplir con el sagrado deber de rechazar á los invasores; pero las disposiciones eran estériles á causa de la inacción que guardaban muchas de las clases sociales, á lo que contribuía también el espíritu de provincialismo que se había creado paulatinamente desde la caída de la Federación; las diversas partes integrantes de la Nación, veían á la capital únicamente como un coloso que todo lo absorvía sin cuidarse de ellas. La dilación en secundar al gobierno le creó angustiosas dificultades, aumentadas por la imprevisión al no haber atendido á formar almacenes de víveres, reunir forrajes y carros de trasporte; se carecía de caballos para reponer los que morían, y de hospitales para tanto enfermo que ya causaba lo avanzado de la estación.

En el punto elegido para la defensa, Cerro-Gordo, se levantaron algunas fortificaciones pasajeras; pero la opinión de los ingenieros fué que aquella posición no les parecía propia para detener al ejército invasor, y mucho menos para alcanzar una victoria decisiva, pues que podía ser cortada á retaguardia, y por el frente tenía el enemigo un apoyo en las cercanas alturas de Palo-Gacho; además se carecía de agua, inconveniente que no tenía la posición de Corral-Falso.

El general en jefe esperaba el ataque por la derecha, y por esa parte situó la mayor parte de las tropas; tal parecer fué funestísimo. Los soldados formaron habitaciones de otate, é interceptaban el camino las piezas de artillería aun no colocadas, los carros con parque y algunas tiendas de campaña; el agua era conducida en barriles desde el fondo de la barranca. El ejército enemigo avanzó, y frente á esa posición permaneció quieto durante varios días, lo que hizo que se entregase el campo mexicano á gratísimas ilusiones; parecía que los norte-americanos habían prescindido de atacar, hasta el día 17 de Abril, en que se presentaron de manera que no cupo duda de que el ataque sería sobre el lado izquierdo.

Por aquellos días se supo que el general Paredes solicitaba en Francia la intervención extranjera en los asuntos de México. Aquí faltaban los esfuerzos de la tribuna y de la prensa, que lanzando sus mil gritos de alarma, indicaran el compromiso en que estaban los intereses y las creencias de una sociedad que se perdía; se quería crear el espíritu público con lamentaciones estériles, faltaban sociedades para socorros y auxilios, ya de las familias de los que murieran por la patria ó de los que se inutilizaran en la defensa.

Mientras que los norte-americanos llamaban la atención aparentando un ataque sobre el cerro del Atalaya, avanzaron el 18 de Abril sus columnas por entre las escabrosidades de la izquierda de la posición, y cerca de las siete de la mañana apareció una de ellas al mando del general Twiggs sobre el cerro del Telégrafo; cargaron resueltamente, en tiradores, ocultándose con los arbustos y la maleza; las fuerzas mexicanas que defendían la falda del cerro fueron destruidas y el enemigo ascendió apoderándose sucesivamente de todas las obras, hasta llegar á asaltar la última de la cumbre, que apareció coronada con los uniformes azules de los invasores; en seguida bajaron por el lado derecho del cerro, obligando á capitular á la brigada del general Jarero, y tomando el general Shields la retaguardia, introdujo confusión y espanto en el ejército mexicano, sirviendo algunos esfuerzos aislados tan sólo para aumentar el número de víctimas; más de cinco mil dispersos huían por un sendero estrecho y escabroso dentro de una barranca; quedaron prisioneros cerca de dos mil, se perdió la artillería y todo el material de guerra; la caballería huyó sin combatir, salvándose también el general en jefe por la oportuna fuga por caminos extraviados. Santa-Anna calculó en doce mil el número de los que atacaron, y cinco mil el de los infantes útiles que defendieron la posición.

Al saberse en la capital de la República lo acaecido en Cerro-Gordo, el congreso dió facultades extraordinarias al Presidente para llevar adelante la guerra, sin que pudiera hacer la paz con los Estados-Unidos ni enagenar en todo ó en parte el territorio de la República, y se declaró traidor al que entrara en tratados con los invasores. El primer uso de esas facultades fué dar una amnistía, disponer el nuevo levantamiento de treinta y dos mil soldados, y dictar varias disposiciones sobre hacienda y guardia nacional.

El *American Eagle*, periódico que apareció en Veracruz, sostenía que era necesaria la ocupación militar de la República mexicana, para lo cual bastarían cuarenta mil soldados y quince millones de pesos anuales, aconsejaba á los gobernantes de México ajustar una paz honrosa, antes de que fuera demasiado tarde; sostenía que con una corta contribución, los derechos de importación y la venta de tierras, habría mucho más de lo necesario para sostener ese ejército de ocupación.

Varios folletos aparecieron atacando la conducta de Santa-Anna: llevaba la voz el periódico llamado *Boletín de la Democracia*; en cambio algunos gobernadores ofrecieron mandarle tropas. Los soldados derrotados referían por todo el interior de la República, cuentos fantásticos acerca de las fuerzas norte-americanas y de su modo de batirse; describían sus balas y bombas como distintas en todo á las usadas comunmente en la guerra, y ponderaban el tamaño de los caballos de que se servían los invasores. Estos continuaron para Puebla sin disparar un tiro; no solamente era admirada allí la corpulencia de los caballos, sino lo bien acabado de los cañones y fusiles, y todo lo que á los norte-americanos pertenecía, con la misma curiosidad con que el niño contempla un nuevo juguete. Los oficiales decían que venían á salvar el principio democrático amenazado por los gabinetes de la Europa.

La idea monárquica y la de interés continental americano, sirvieron de pretexto para la guerra que sostenían los norte-americanos, según se desprende de un manifiesto que expidió en Jalapa el general Wiendfield Scott; aseguró que el gobierno ocultaba á los mexicanos verdades que él iba á manifestarles; que consideraba aquella guerra como una fatalidad, y la mejor prueba estaba en que también en los Estados-Unidos había un partido que opinaba en contra de ella. "Razones de alta política y de interés continental americano, comprometieron los sucesos, dijo, á pesar de la circunspección del gabinete de Washington, que deseando ardien-